

MEDITACION LXXXIV.

OTRA SANIDAD DEL CRIADO DE UN CENTURION.

S. Luc., c. VII, v. 2, 10.

Consideremos aquí: primero, la eficacia de la intercesión para con Jesucristo; segundo, qué progresos conviene hacer en la virtud para agradarse á Jesucristo; tercero, cuál es la bondad de este Dios Salvador para con nosotros.

PUNTO I.

DE LA INTERCESION PARA CON JESUCRISTO.

Lo primero. *Es necesario hacer uso de ella con discrecion.* "Y el criado de cierto centurion amado de él, estaba enfermo y cercano á la muerte... Y habiendo oído hablar de Jesús, envió á él ancianos de los judíos, rogándole que viniese á sanar su criado..."

El centurion escogió las personas más distinguidas de la ciudad para que intercediesen á su favor; con Jesucristo y empeñó á ir á su casa para sanar su criado enfermo... Encomendámonos también nosotros á las oraciones de las almas justas que hay sobre la tierra; invoquemos los santos que están en el cielo; todos estos son amigos de Jesucristo, y grande su poder. Recordáramos á María Santísima; no ignoramos la preeminencia de su esfera y su poder para con su divino Hijo. Entre los santos reconocidos por la Iglesia, tenemos nuestros patrones, aquellos cuyo nombre llevamos, y aquellos que fueron sobre la tierra de nuestra misma condición y estado. Tenemos los patronos de los lugares donde hemos sido bautizados y en que vivimos. Entre los santos ángeles tenemos nuestro ángel custodio y los de aquellos con quienes hemos de tratar. Entre los fieles difuntos en el seno de la Iglesia y en olor de santidad, podemos tener parientes y amigos, y bien que no sea lícito prevenir el juicio de la Iglesia con un culto público, nada nos impide invocarlos privadamente.

Lo segundo. *Es necesario acompañar esta intercesion con nuestras buenas obras.* "Y ellos (los ancianos de los judíos de Cafarnaúm) luego que llegaron á Jesús, le suplicaron instantemente, diciéndole: merece que le otorgues esto, porque ama nuestra nacion y él mismo nos la fabricó la sinagoga. Y Jesús iba con ellos..."

Jesús condescendió á la súplica de estos judíos y á los motivos en que la apoyaban. "Y con qué cosa interesamos nosotros los santos que invocamos en nuestro favor? ¿qué pueden ellos decir de nosotros para dar valor á su intercesion?

¿harán valer nuestro amor para con ellos y nuestro celo por imitarlos, nuestros ayunos, nuestras limosnas, nuestros ejercicios de piedad y el culto religioso que les tributamos? Pero si nuestra vida los deshonra, si celebramos sus fiestas con alegrías profanas, ó acaso con vergonzosas disoluciones, en vez de intercesores esperamos de cierto hallar en ellos acusadores que solicitarán con Dios nuestra condenacion.

Lo tercero. *Es necesario emplear esta intercesion con espíritu de humildad.* "Y cuando estaba ya poco lejos de la casa, el centurion le envió sus amigos, diciéndole: Señor, no te incomodes, porque yo no soy digno de que entres bajo de mi techo, y por esto ni aun me he creído yo mismo digno de ir á vos; pero mándalo con una palabra y será sano mi muchacho..."

Si el centurion empleó los principales de Cafarnaúm para con Jesucristo, lo hizo porque se creía indigno de presentarse él mismo al Señor. Con este mismo espíritu de humildad debemos invocar los santos y apoyarnos en su intercesion para con Jesucristo. No dudemos de su bondad y de su poder; pero estemos persuadidos de nuestra indignidad; sepamos que los santos nada pueden por sí mismos y sin él; pero sepamos que son sus amigos y que para con él son poderosos. ¿No es honrar un grande de la tierra honrar á sus favorecidos y enderezarse á ellos para obtener las gracias que deseamos? Conviene, pues, decir que es una grande prevención de la herejía tratar de supersticion y de idolatría la invocacion de los santos. Jesucristo condena aquí el orgullo y la calumnia de estos pretendidos reformadores. Bien lejos de reprimir el centurion por no haberse enderezado á él, se rinde á las súplicas de los interesados que lo empleado y hace el elogio de su fe. Invoquemos, pues, á los santos con confianza, y no olvidemos un socorro tan poderoso para nuestra salvacion. Veamos cuáles son para este efecto nuestros ejercicios de piedad y procuremos cumplirlos con mayor fervor.

PUNTO II.

DE LOS PROGRESOS DE LA VIRTUD PARA AGRA-
DAR Á JESUCRISTO.

Lo primero. *Para adelantarnos en la virtud conviene aprovecharnos de las atenciones de la Providencia sobre nosotros.* Este oficial que implora aquí el socorro de Jesucristo, era gentil; habia nacido y se habia criado en el seno de la idolatría, la Providencia lo coloca en el único país del mundo en que se adora al verdadero Dios, en el centro mismo de las misericordias del Hijo de Dios, y bien presto reconoce el Dios que allí se adora y ama al pueblo que ofrece un culto

solemne. Hace aun más, favorece á este pueblo con su autoridad y lo gratifica con sus liberalidades, y apenas ha oído hablar de Jesús y de las maravillas que obra, cuando cree en él. Un corazón recto que ama á Dios, no tiene dificultad en creer en Jesucristo su Hijo.

Lo segundo. *Para adelantarse en la virtud conviene aprovecharse de las aflicciones.* Era necesaria al centurion alguna prueba para hacer resplandecer su virtud... Uno de sus criados cae malo y está reducido á los extremos; este centurion reanima su fe é implora el socorro de Jesucristo con otra tanta humildad sincera, fundada de una parte sobre el sentimiento de su baja-za, y de otra sobre la idea de la grandeza y de la omnipotencia de Jesús. Si el orgullo nos ha alejado de Dios, la afliccion nos debe volver á él.

Lo tercero. *Para avanzarse en la virtud conviene aprovecharse de los buenos ejemplos.* "Porque yo tambien (dijo el centurion) soy un hombre subordinado que tengo bajo de mí algunos soldados, y digo á uno; vé, y él va; y á otro, ven, y él viene; y á mi criado, haz esto, y lo hace. Lo que oído por Jesucristo, quedó maravillado, y vuelto á las turbas que lo seguian, dijo: en verdad os digo que no he encontrado tanta fe ni aun en Israel."

Si este centurion es diferente de aquel de quien habla san Mateo, como nos lo hace creer la diversidad de circunstancias, se pueda decir que instruido de cuanto le habia sucedido á su colega, en el imitarlo copió todas las expresiones, pues tenia todos sus sentimientos; por esto obtuvo del Salvador el mismo elogio de su fe y el mismo éxito de su súplica.

Lo cuarto. *Para adelantarse en la virtud conviene aprovecharse de los favores particulares de Dios.* "Y volviendo á casa los que habian sido enviados, hallaron sano al criado que habia estado enfermo..." Habiendo llegado á casa los amigos del centurion, encontraron lleno de vida y de sanidad al que habian dejado moribundo. Juzguemos cuales fueron después de este favor el amor, el reconocimiento y el fervor de un Señor tan virtuoso y de un criado que se habia merecido ser tan amado de su Señor. ¿Esta fe del centurion que condena la infidelidad de Israel, condena acaso tambien la nuestra? ¿Desde que vivimos qué hemos aprovechado en la virtud? La Providencia nos ha puesto en las circunstancias más favorables para nuestra salvacion; ¿cómo, pues, nos hemos servido de ellas? No nos han faltado las aflicciones; ¿qué provecho hemos sacado de ellas? Se nos han presentado buenos ejemplos y nos han solicitado; ¿qué resoluciones nos han inspirado? Se nos han concedido mil favores, varias disposiciones de una singular providencia nos han librado de tantos peligros; ¿con qué aumentos de fervor hemos dado pruebas de nuestro reconocimiento? ¿Ay de mí! ¿no abusamos de todo y no volvemos atrás ca-

da dis en los caminos de la virtud en vez de adelantarnos?

PUNTO III.

DE LA BONDAD DE JESUCRISTO.

Esta bondad resplandee en su conducta, en sus palabras y en sus operaciones.

Lo primero. *Bondad de Jesús en su conducta.* Apenas le suplicaron, parte sin detencion alguna, lo detienen estando ya para llegar á la muerte... ¡Admirable condescendencia! Pero de qué se trataba aquí? De un criado que pertenecía á un oficial romano, á un gentil. Podia sanarlo sin ir á él; habria podido responder á aquellos que le suplicaban, como respondió á aquel señor que le pidió por su hijo, *andad, lo encontraré sano.* Pero no por temor que esta respuesta tuviese alguna sombra de desprecio partió inmediatamente. Delante de Jesucristo todos son iguales, el judío y el gentil, el señor y el criado, el hijo y el familiar; lo es igualmente preciosa su alma y ha muerto igualmente por todos; la fe sola, sola la virtud los distinguirá un día a sus ojos. ¿Tenemos nosotros los mismos miramientos? ¿hacemos el mismo juicio sobre las diferentes condiciones de los hombres?

Lo segundo. *Bondad de Jesucristo en sus palabras.* Jesús no puede ver la virtud sin alabarla, vendrá el día en que la recompensará. ¿Qué alabanzas merecemos nosotros de Jesucristo? ¿Puede alabar nuestra fe, nuestro amor, nuestro celo, nuestro fervor, nuestras buenas obras, deseo de agradarle, y nuestra aplicacion á servirlo? ¿Y si no puede ahora alabar cosa alguna, qué cosa podrá recompensar un día? ¡Ay de mí! bien lejos de aplicarme á merecer las alabanzas de Jesucristo, ¿no he vivido hasta ahora de manera de traer sobre mí sus disgustos aquí en la tierra, y un día su represion y sus castigos? Jesucristo pone la fe del centurion sobre la de los israelitas, no por mortificar á estos, sino para animarlos á una santa emulacion. ¡Ay de mí! nosotros vemos cada día nuevos convertidos, ó sea que vuelvan del pecado á la penitencia ó de la herejía al catolicismo, los cuales nos avergüenzan con su fervor; bien que nosotros seamos católicos antiguos, bien que de largo tiempo hagamos profesion de vivir una vida regulada. Jesús nos presenta estos ejemplos para confundir nuestra flojedad y animar nuestro fervor. ¿Le resistiremos aun continuamente, y no podrá su bondad vencer nuestra malicia?

Lo tercero. *Bondad de Jesucristo en sus obras.* Jesús no hizo otra cosa que alabar la fe del centurion sin hablar de su peticion, sin declarar si la habia aceptado ó no, sin pronunciar sentencia sobre la enfermedad ó sobre la sanidad del cria-

do y sin instruir los presentes de lo que había de hacer; pero el milagro ya estaba hecho. Jesucristo se volvió a su casa y los diputados á la del centurion, donde encontraron al criado ya sano. ¡Ah! no puede Jesús negar cosa alguna á una súplica humilde animada de la fe. ¿Y nosotros no conoceremos jamás á nuestro Salvador para amarlo finicamente y para poner en él toda nuestra confianza?

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah Señor! el criado del centurion lo era á él menos amado que lo es á mí mi alma. Esta desfallace; mirad, Señor, esta alma; ella se halla en el mas próximo peligro de una muerte eterna. En este horrible estado yo soy mas indigno que este oficial romano de acercarme á vos, ¡oh Salvador mio! y de obtener mi sanidad. ¡Pero ah! haced eficaces las súplicas de tantos justos sobre la tierra y de tantos santos en el cielo que delante de vos se interesan por mí. Y como la fe de este centurion lo hizo digno de recibiros en su corazon por medio de vuestra gracia cuando se reconocia indigno de recibiros en su casa, el vivo sentimiento de mi humildad, de que mas que nunca estoy en este momento penetrado, me alcance, ¡oh Señor! de vuestra infinita bondad la sanidad de mis males: sacadme de esta languidez y de esta debilidad en esta vida, y concedédmela en la otra la recompensa en mí de vuestros propios dones. Amen.

MEDITACION LXXXV.

INSTRUCCION DE JESUCRISTO A SUS APOSTOLES PARA SU PRIMERA MISION.

S. Mat., c. X, v. 5, 15.—
S. Marc., c. VI, v. 11, 12.
—S. Luc., c. IX, v. 1, 5.

Primero, Jesucristo envia sus apóstoles; segundo, los instruye de las virtudes que deben practicar; tercero, les enseña la conducta que deben tener.

PUNTO I.

DE LA MISION DE LOS APÓSTOLES.

Lo primero. *¿Quién los envia?* Jesucristo. . . . "A estos doce apóstoles envió Jesús. . . ." Todos los doce recibieron inmediatamente su mision del Salvador. . . . Es el mismo Jesús el que envia aun ahora para el ministerio de los primeros superiores los pastores y los predicadores que nos anuncian su palabra y los buenos libros que nos

instruyen: recibámoslos de sus manos y aprovechémoslos de sus instrucciones; mas si somos nosotros mismos los enviados por Jesucristo, partamos diligentemente con sumision, con alegría y con una entera confianza, que aquel que nos envia sostendrá con su gracia la eleccion que ha hecho de nosotros.

Lo segundo. *¿Cómo envia Jesucristo á sus apóstoles?* De dos en dos. . . . "Y llamó á los doce, y empezó á enviarlos dos en dos. . . ." ¿Por qué una tal conducta? . . . Porque deben dar testimonio de la verdad por todas partes á donde los envia. . . . El testimonio de un hombre solo no basta segun la ley. Con esto acaso queria tambien Jesucristo indicar la union que debe reinar entre sus ministros y entre sus verdaderos discipulos: por otra parte, un compañero de nuestros trabajos nos sirve en las tentaciones penosas del ministerio, de socorro, de consuelo y de consejo; en las tentaciones contra nuestra propia debilidad de preservativo, de apoyo y de defensa, y en todas nuestras acciones contra la maledicencia y la calumnia, de testigo y de fador. Es máxima de prudencia procurarse en cuanto se pueda este socorro, que Jesucristo ha establecido, santificado y procurado á sus apóstoles.

Lo tercero. *¿Cuál es el lugar donde Jesucristo envia sus apóstoles?* Nuestro Señor lo determina, no segun las propias inclinaciones de ellos, sino segun las miras de su infinita sabiduría. . . . Los envió, ordenándoles y diciendo: "no vayais á camino de los gentiles y no entrareis en las ciudades de los samaritanos, sino andad á las ovejas perdidas de la casa de Israel. . . . No habia llegado aun el tiempo de anunciar el Evangelio á los gentiles; era necesario empezar á anunciarlo á los judios, que debian estar mas dispuestos para recibirlo. La voluntad de Dios se nos manifiesta por la de sus superiores, por el concurso de los acacimientos dispuestos por la Providencia, y por las luces que en los casos particulares dirigen á aquellos que están siempre atentos á ellas. Cuanto menos sigamos nuestra propia voluntad, tanto mas seguros estaremos de seguir la de Dios y de salir bien.

Lo cuarto. *¿A qué fin envia Jesucristo á sus apóstoles?* "Y andando anunciad y decid: el reino de los cielos está ya vicino. . . ." Esto es, el reino del Mesias, el reino de la gracia, el reino del amor, el reino de la santidad se acerca. . . . Para nosotros ya llegó; nosotros vivimos en este feliz reino que debe conducirnos á Dios, al cielo, y este reino no está lejos de nosotros: apresurémonos, pues, á borrar con la penitencia nuestros pecados, á hacernos dignos de la corona de nuestras buenas obras y á ponernos en el estado en que que queremos morir. Prediquemos nosotros mismos este reino, hagámoslo sin cesar la materia de nuestras reflexiones y de nuestros discursos.

Lo quinto. *¿Con qué autoridad envia Jesucristo á sus apóstoles?* "Dad la sanidad á los enfermos; recitad los muertos; limpiad los leprosos y echad los demonios. . . ." Los envia con la potestad de hacer los mismos milagros que él. . . . Milagros, no de ostentacion y de vanidad, sino de beneficencia y de caridad, como debian ser los que anunciaban un Salvador, un libertador. Sanar los enfermos, echar los demonios, resucitar los muertos, ¿con tales pruebas quién podia dudar que no anunciaban la verdad? Aun subsisten estas pruebas, aunque no subsista el mismo poder, fuera de las circunstancias en que sea necesario para distinguir la verdadera Iglesia de Jesucristo de las sectas que de ella se han separado.

PUNTO II.

DE LAS VIRTUDES QUE DEBEN PRACTICAR LOS APÓSTOLES.

Primera. *El desinterés.* "Gratuitamente habeis recibido; dad gratuitamente. . . ." Palabra hic considerable y de una grande extension, que no solo excluye los bienes materiales de fortuna, sino tambien los de la estimacion, los de la gloria y del favor. Cualquiera que busca estos bienes en el ejercicio de su ministerio, cualquiera que los recibe, que se goza y se apega á ellos cuando se lo presentan, no ha dado gratuitamente.

Segunda. *El despojo y la pobreza.* "No poseais oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas, ni alforjas para el camino, ni dos vestidos, ni zapatos, ni baston. . . ." ¿Qué precepto! En los viajes que habeis no lleveis bolsa al lado en que lleveis oro y plata, no lleveis alforjas en que tener las provisiones, no lleveis armas, ni baston apto para herir ó defenderos; no lleveis vestidos; ni zapatos para mudar en las necesidades; contentaos con los que tenais puestos. . . . Vestid y calzad simplemente, nada pretendais para el viaje, *excepto solo el baston para sosteneros.* En este estado de pobreza y de despojo se deben presentar los apóstoles para anunciar el Evangelio á aquellos que no lo conocen. Aunque predicando á los cristianos no estemos obligados á seguir literalmente la severidad de este precepto, ello es cierto que cuanto mas lo practiquemos en nosotros, será mayor el fruto que sacaremos en la salvacion de las almas.

Tercera. *La confianza en Dios.* "Porque el operario se merece su sustento. . . ." Un enviado de Dios no debe temer, aun en medio de las naciones bárbaras, que le falte su sustento. En el seno del cristianismo está ya esto provisto por los fieles; mas la Iglesia ha recibido los dones de su liberalidad con el espíritu de Jesucristo, y con el mismo lo deben gozar aquellos á quienes ella

da el uso. Primero. El espíritu de Jesucristo pide que aquellos que los gozan, sean operarios aplicados y constantes en el trabajo, segun su vocacion y sus talentos. . . . Pero si nada hacen y viven en un ocio vergonzoso, si trabajan por perseguir y combatir la Iglesia, si se ocupan solo en cosas que la deshonran y desacreditan, ¿qué son estos dignos sino del castigo que les está preparado? Segundo. El espíritu de Jesucristo quiere que aquellos que trabajan se sirvan de estos bienes solo para su necesario mantenimiento y para sus propias necesidades, y no para engrandecerse ni para enriquecer sus familias; no para el lujo ni para la profusion; no para el juego ni para los placeres; no para la avarecia, para acumular riquezas ó sostener pleitos. . . . Quiere tambien este espíritu que aquello que les sobra después de haber provisto á lo necesario, se consagre á las necesidades de los pobres, al ornamento y culto de los templos, á la utilidad de las almas y al servicio de la Iglesia.

Todo hombre sobre la tierra debe ocuparse en un trabajo honesto, útil y proporcionado á su condicion; sin esto no merece que la tierra le sustente. Merecemos nosotros nuestro alimento con nuestro trabajo? gozamos con el almor de nuestra frente, como fuimos condenados, los frutos de la tierra?

PUNTO III.

DE LA CONDUCTA QUE DEBEN GUARDAR LOS APÓSTOLES.

Lo primero. *En la eleccion de una casa.* "Y en cualquiera ciudad ó aldea en que entrareis, preguntad quién hay en ella digno (de alojaros). . . ." Luego que habeis llegado á un lugar, os informareis si hay alli algun hombre de bien y temeroso de Dios, algun virtuoso israelita de sana reputacion y de virtud conocida, donde podais alojaros. No solo un eclesiástico, sino tambien cualquiera que tenga cuidado de su salvacion, debe usar todas las precauciones posibles para escoger una habitacion en que igualmente estén seguras su virtud y su reputacion.

Lo segundo. *Conducta de los apóstoles al entrar en la casa que habrán elegido.* "Y al entrar en la casa, saludadla, diciendo: paz sea en esta casa. Y si aquella casa fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz; pero si no fuere digna, vuestra paz se volverá á vosotros. . . ." Al primer paso que dareis en la casa que os será señalada, saludadla amigablemente á los que la habitan, anunciadles la paz y la bendiccion de Dios, diciéndoles: *la paz sea en esta casa.* Si esta casa merece el bien que le deseais, si es digna de recibiros y de hecho os recibe, se cumplirán sobre ella vuestros anuncios; Dios oirá vuestros votos y

la colmará de sus benedicciones. Si al contrario, esta casa no es digna de recibiros y rehuir a ojaros, no creáis que es inútil vuestro anuncio; las bendicciones volverán sobre vosotros, vosotros cogereis los frutos de vuestra caridad, vuestra paz volverá a vosotros... para que vayáis a llevarla a otra casa que sea más digna que la primera...". La salutación de los verdaderos cristianos, y principalmente de los apóstoles, no es como la del mundo, un lenguaje de pura ceremonia, que muchas veces no tiene sentido alguno y casi siempre falta de sinceridad; es, al contrario, una suplica fervorosa hecha a Dios y un anuncio lleno de caridad para con el prójimo, anuncio eficaz si el prójimo fuese digno, y si fuese indigno, la caridad tenderá siempre su recompensa. "Ah, cuántas veces podemos con poco trabajo ejercitar la caridad! Y por qué perder tan bellas ocasiones por falta de atención y de espíritu interior? Cuando el sacerdote lleva el santo Viático, hace la misma salutación a la casa del enfermo en que entra. "Feliz la casa, feliz el enfermo que se halla digno de recibir esta paz, tan necesaria en aquellos momentos en que el temor de la muerte ocasiona ordinariamente tanto terror y tanta inquietud!"

Lo tercero. *Conducta de los apóstoles mientras están en la casa en que habitan.* "Y les decías: en cualquiera parte que entráis en una casa, deteneos en ella hasta tanto que partáis de allí..." Nuestro Señor les ordena expresamente que después de haber escogido una casa y haber sido recibidos en ella, no salgan para tomar otra, sino que permanezcan en ella hasta el día que se hayan de partir... "Oh, y cuán lleno de bondad y de sabiduría es este orden! De hecho, mudando de habitación podrían contristar al que primero los hospedó y dar materia de discutir y sospechar con perjuicio suyo y excitar los celos de otros muchos contra él... Ellos mismos se harían culpables, ó á lo menos sospechosos de inconstancia y de predilección, de amor propio y de buscar su comodidad. "Oh, y cuán poco basta para apartar al pueblo del bien, para desacerchar un operario evangélico y para destruir el fruto de la palabra de Dios! Juana atención y cuánta precaución es necesaria para prevenir aun el más mínimo escándalo!"

Lo cuarto. *Conducta de los apóstoles cuando se parten de una casa ó de una ciudad que habrá rehusado recibirlos.* "Y si alguno no os recibirá, ni escuchará vuestras palabras, saliendo fuera de aquella casa ó de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies..." En testimonio contra ellos... En verdad os digo, que será menos castigada en el día del juicio Sodoma y Gomorra que aquella ciudad..." Deben los apóstoles retirándose de esta ciudad ó de estas casas, sacudir el polvo de sus pies en testimonio contra los ingratos que habían rehusado escucharlos, de que la gracia y el Evangelio se retiran de ellos.

Se alegrarán estos infelices, lo aplaudirán, harán burla de una ceremonia que no quieren comprender el misterio; esta será el objeto de su burla y de sus desprecios; pero en el día del juicio su suerte será más terrible que la de las habitantes de Sodoma y de Gomorra. "Cuántas naciones, ¡ay de mí! cuántos reinos y ciudades se han opuesto de este modo y aun hoy se oponen á la predicación del Evangelio! Cuántas otras, después de haberlo recibido, lo han corrompido con novedades y con errores que les han hecho primero despreciar la voz y las amenazas de los pastores y después romper el vínculo de la unidad apostólica: cuántas almas han desechado en particular las luces continuas del Evangelio por seguir sus inclinaciones y por abandonarse á sus pasiones con mayor libertad?"

REPETICION Y COLOGIO.

¡Ay de mí! Señor, ¿no soy yo por ventura de este número? ¿cómo recibí, oh Dios mío! vuestra santa palabra? ¿cómo miro á aquellos que la anuncian? ¡Ah! si yo me retiro por no escucharlos ó si nada práctico de cuanto me hacen oír; si no me aprovecho de cuanto leo, de cuanto vos mismo me inspiráis, oh Salvador mío! ¿cuál será en el último día mi castigo y mi desesperación! Y qué, volveré yo contra mí mismo vuestros beneficios, y de los instrumentos de mi salud haré otros tantos instrumentos de mi perdición? No, no, Señor; resuelvo desde ahora servirme de todos los medios de salud que vos me dais, de todos los momentos de gracia que me presentáis, y no obligaré á los ministros de vuestra palabra á retirarse de mí, no los pondré en la dolorosa necesidad de acusarme un día delante de vos, cuando ellos desean tan ardentemente hacerme agradable á vuestros ojos y procurarme la verdadera paz. ¡Ah! soy bien afortunado en ver que aun ahora me la ofrecen; no le cerraré jamás las puertas de mi corazón. Así sea.

MEDITACION LXXXVI.

DE LA INSTRUCCION DE JESUCRISTO A SUS APOSTOLES; DE LA PERSECUCION QUE DEBEN ESPERAR.

S. Mat., c. X, v. 16, 17.

Examinemos, primero, la naturaleza de esta persecución; segundo, la manera de sostenerla; tercero, los motivos de sufrirla.

PUNTO I.

DE LA NATURALEZA DE ESTA PERSECUCION.

Lo primero. *Esta persecucion será injusta é irracional.* "Mirad, yo os envío como ovejas en

medio de los lobos..." Esto es, débiles, sin armas, sin defensas, os envío en medio de los censuradores de mi doctrina, en medio de los enenigos de mi moral y en medio de los perseguidores de mi religion... Su persecucion contra vosotros no tendrá otro motivo que su propia ferocidad, la antipatia natural contra la virtud y la codicia por los bienes de que os despojarán ó de que os crearán poseedores.

Lo segundo. *Esta persecucion será ignominiosa é infame.* "Porque os harán comparecer en sus juntas y os azotarán en sus sinagogas..." El Senado y los tribunales se juntarán para perdonaros; su conspiracion tendrá todo el aparato y toda la formalidad de la justicia que se emplea contra los verdaderamente culpados, convenidos de ser perturbadores, blasfemos, impíos y rebeldes; y después de haber hecho creer que sois tales en sus juntas jurídicas y en las sinagogas autorizadas, os condenarán á padecer penas corporales las más ignominiosas é infames.

Lo tercero. *Esta persecucion será pública y cruel.* "Y seréis llevados por causa mía delante de los presidentes y de los reyes como testigos contra ellos y contra las naciones..." Desesperados de no poder cerrar la boca y no teniendo derecho de disponer de vuestra vida, os llevarán con violencia delante de las potestades de la tierra, por el odio que á mí me tienen y á mi doctrina para obtener de ellas sentencia de muerte contra vosotros. Judíos y gentiles todos os unirán para exterminaros; solo vuestra muerte podrá apagar su rabia y su furor. Pero al morir, vosotros predicareis en alta voz mi Evangelio, y vuestra muerte será un testimonio que les probará y hará manifiesto que ha llegado ya el reino de Dios.

Lo cuarto. *La persecucion será particular y doméstica.* "Y el hermano dará la muerte á su hermano, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra sus padres y los harán morir..." Los más sagrados vínculos no servirán de impedimento á la persecucion; el hermano no escuchará la voz de la sangre, el padre no oirá los sentimientos de su corazón, ni la madre los gritos de la naturaleza; no seguirán ni obedecerán otra cosa que el espíritu de furor: el hermano entregará por sí mismo á su hermano á la muerte, el padre llevará á ella al hijo, contra sus mismos padres se sublevarán los hijos y los sacrificarán con sus propias manos: se crearán autorizados de aquel celo que manda la ley á los judíos ejercitar contra los apóstatas; os mirarán como á tales y no cesarán de perseguiros hasta que no os vean espirar en los suplicios.

Lo quinto. *La persecucion será general y universal.* "Y seréis abominados de todos por mi nombre..." Por los más infames malhechores cuando son llevados al suplicio se encuentra compasion en el público; pero por vosotros nadie la tendrá: el desenfreno será general; vosotros se-

reis despreciados, insultados, aborrecidos y detestados de todo el mundo. El título de apóstoles y de ministros míos os hará objeto de odio á aquellos judíos indóciles que son vuestros hermanos según la carne, y que vosotros procurareis hacer vuestros hijos según el Evangelio... En cuanto á vuestra persona, por ningún motivo os mereceréis este furor y esta especie de execración general; mas será yo el que aborrecerán en vosotros, y porque tendréis siempre en la boca mi nombre, á que ellos tendrán horror, no podrán sufriros.

Veis aquí, oh divino Jesús! lo que vos anunciasteis y lo que prometisteis á vuestros apóstoles y á vuestros discípulos. ¿Será posible que el mundo concebía contra ellos sentimientos tan inhumanos y que los persiga con tanta rabia? ¡Ay de mí! Vuestra predicación, oh Señor! se ha verificado á la letra; esta persecucion que habéis anunciado ha durado trescientos años y después se ha renovado varias veces. ¿Será posible que en medio de tan cruel y obstinado desenfrenamiento se sostenga vuestra religion, triunfe, se extienda y se perpetúe? Si, Dios mío, y esto es cabalmente lo que vemos con nuestros propios ojos. ¿Pero de qué armas proveéis vos á vuestros discípulos contra tantos enenigos? ¿Qué especie de defensa ponen en práctica para no caer en tantos y tan violentos ataques...? No tendrán ellos otras armas contra estos lobos rapaces que la dulzura, la paciencia y la caridad; y esto es lo que pone el colmo á las maravillas de vuestra omnipotencia y lo que prueba que el establecimiento de la religion cristiana no ha podido ser otra cosa que obra de vuestra diestra.

PUNTO II.

DE LA MANERA DE SOSTENER LA PERSECUCION.

Nuestro Señor no da á sus apóstoles otro medio para sostener la persecucion, que la práctica de las virtudes las más perfectas... ¿Cuáles son estas virtudes?

Primera. *Una dulzura inalterable.* "Mirad que yo os envío como ovejas á los lobos..." dijo á sus apóstoles... No se pueden dar enenigos más crueles que aquellos que os levantarán la religion; yo no quiero con todo eso que vosotros tengais otras armas, otro espíritu, otras disposiciones contra ellos, que aquellas que están figuradas por la oveja. El carácter de esta es la dulzura: ella es incapaz de dejarse trasportar de la cólera y de hacer resistencia.

Segunda. *Una simplicidad perfecta.* "Simples como las palomas..." Simplicidad que excluye todo doblez, toda mentira y todo artificio; no respiren otra cosa vuestras palabras y toda vuestra conducta, que simplicidad y candi-

dez.... ¡Cuántos corazones ha ganado al cristianismo esta sinceridad y esta franqueza! Al contrario el impio, el hereje son falsos en todas sus operaciones, sus manejos son secretos para fortificar su partido; están llenos de malicia y de imposturas; la exposicion de su doctrina está llena de equívocos y de ficciones. La doblez está en sus corazones, la mentira sobre sus labios y la falsedad en sus juramentos; niegan la evidencia de los hechos, falsifican los autores, litigan sobre una expresion, calumnian á sus contrarios y solo procuran engañar y sorprender.

Tercera. *Una prudencia racional y discreta.* "Sed prudentes como las serpientes...." Esta prudencia consiste en estar siempre advertidos, en desconfiar de los hombres, en no exponerse temerariamente y sin razon, en velar y orar, y en prepararse para todo. Esta consiste en regularse de manera que no excite ó que no se aumente la persecucion con hechos imprudentes y con un celo indiscreto y mal entendido; consiste en salvar nuestra fe y nuestra inocencia, aunque sea con la pérdida de nuestros bienes, de nuestro cuerpo y de nuestra vida, como la serpiente acometida procura salvar la cabeza aunque sea con riesgo de lo restante del cuerpo con que la cubre. Consiste en el huir en ciertas ocasiones y en exponernos en otras.... "Y cuando os persiguieren en esta ciudad...." Si fuéreis vosotros los que toman entre ojos, si vuestra presencia lejos de ser útil en aquel lugar, ha de servir de acrecentar el tumulto y tirar sobre vosotros la pasion de vuestros enemigos, huid á otra; sin que os detenga allí la carne, la sangre, la amistad de algunas personas, la amenidad del país ó las comodidades que allí gozáis; vuestra presencia será mas útil en otra parte, porque en las miras de la Providencia, la infidelidad de los unos es causa de la salvacion de los otros.... Y si vosotros fuéreis pastores, si sois padres de muchos hijos en Jesucristo, siendo ellos los perseguidos, estad quietos para animarlos y sostenerlos, sacrificios por ellos. Guardaos de los hombres en general; ellos son peligrosos cuando persiguen, pero lo son muchos mas cuando adulan. Por lo demás, no os faltarán lugares y soledades donde poder huir.... "En verdad os digo, no acabareis de instruir las ciudades de Israel antes que el Hijo del hombre...." Nuestro Señor habla aquí sin duda de la terrible venganza que debe tomar presto de la infidelidad de los judios, destruyendo con las armas de su nacion. Pero tambien nos anuncia el rigor de su último juicio contra aquellos que no habrán sido santificados por su Evangelio, y no se habrán puesto en salvo de las saetas de su cólera.

Cuarta. *Una confianza filial en Dios.* "Y cuando os entregaren no penseis cómo ó qué habéis de hablar, porque en aquella hora se os dará lo que habéis de decir, porque no sois vosotros los que habláis, sino el espíritu de vuestro

Padre que habla en vosotros...." En virtud de esta confianza y por el efecto de esta promesa, se han visto esclavos, hombres sin letras, tiernas vírgenes y jóvenes de poca edad confundir los tiranos con el silencio y á la desesperacion.

Quinta. *Una constancia impertérrita.* "Porque el que perseverará hasta el fin se salvará...." No basta haber trabajado mucho, nada se ha hecho si no se persevera hasta el fin, hasta la muerte. Sin esta perseverancia final no hay corona, no hay recompensa, no hay que esperar la salud.

Sexta. *Un coraje intrépido.* "No tengáis miedo de ellos, porque nada hay escondido que no se haya de revelar, y ninguna cosa hay oculta que no se haya de saber...." Esta máxima es verdadera en el uso comun de la vida; *presto ó tarde se descubre todo*; no hagáis, pues, cosa alguna de que podáis después avergonzaros si se llega á saber. No temáis las calumnias de los malos, serán descubiertas sus conjuras y vosotros seréis justificados: esta máxima es tambien universal relativamente al juicio final.... En aquel día todo se revelará, todo será descubierto. Reflexionad en todo aquello que pensáis, en todo lo que hacéis, en todo lo que sufrís.... Esta máxima general la aplica nuestro Señor aquí á su doctrina.... Decid en medio del día lo que yo os digo al oscuro, y predicad sobre los techos lo que se os ha dicho al oído.... Inaccesibles al temor, manifestad en día claro y publicidad sobre todos los techos lo que yo os he enseñado en los discursos particulares, y por decirlo así, en las tinieblas y á la oreja.... La predicacion de la verdadera religion debe ser pública, luminosa, intrépida; se debe sostener delante de los tribunales de los jueces, al pié del trono de los reyes y sobre los palcos; se debe hacer oír á los judios y á los gentiles, á los griegos y á los bárbaros hasta los fines y extremidad de la tierra, hasta la consumacion de los siglos, hasta que venga el mismo Hijo del hombre, el autor de esta santa religion, á juzgar el universo, á recompensar sus siervos y á castigar los pecadores.

PUNTO III.

DE LOS MOTIVOS DE SOSTENER LA PERSECUCION.

La causa por qué se sufre.... "Sereis llevados por mi causa delante de los presidentes...." y sereis aborrecidos de todos por mi nombre...."

Por Dios se pueden sufrir todas las aficciones de la vida, porque vienen de su providencia, á que debemos someternos con resignacion, y este motivo es capaz de endulzar las mayores penas; pero cuando la causa inmediata de nuestros sufrimientos es sola nuestra consagracion á su ser-

vercio y la profesion abierta que hacemos de estar unidos á la religion y á su Iglesia, entonces si que verdaderamente sufrimos por Jesucristo y por la gloria de su nombre. Ahora, pues, ¿qué felicidad, qué gloria, qué dulzura sufrir por Jesucristo? Esto es lo que hacia triunfar á los apóstoles cuando después de haber sido azotados, apaleados y maltratados con injurias, salian de los tribunales llenos de júbilo y de alegría, porque habian sido estimados, dignos de sufrir alguna cosa por el nombre de Jesús.

Segundo. *El efecto del sufrimiento.* "Por darne testimonio delante de ellos y de los gentiles...." El primer efecto de los sufrimientos es la salvacion del prójimo. La sabiduría de Dios ha sabido sacar el bien del mal.... ¿Cuántos gentiles y aun cuántos verdugos ha convertido de la sangre de los mártires? Las persecuciones que la Iglesia ha padecido nos dan aun hoy testimonio y son para nosotros una prueba de la verdad de nuestra religion.

El segundo efecto de los sufrimientos es nuestra propia salvacion.... "El que perseverará hasta el fin se salvará...." ¿A un tal precio se nos hará aun alguna cosa difícil? ¿Qué cosa son todas las penas de esta vida, persecuciones, tormentos, ultrajes, desgracias, enfermedades, penitencias, mortificaciones? ¿qué cosa es todo esto en comparacion de la salvacion? Todo esto es nada, y la salvacion es una gloria y una felicidad infinita; todo esto durará solo un instante, y la salvacion es una felicidad completa y eterna. Animo, pues, alma mia; suframos todavia un momento y entremos en el puerto, que será nuestra recompensa una gloria inmortal.

Tercero. *El ejemplo de Jesucristo.* "No es el discípulo mas que el maestro, ni el siervo mas que su señor; basta al discípulo ser como su maestro y al siervo como su señor...." Si han llamado Belebub al padre de familias, cuánto mas á sus domésticos?....

El ejemplo que nos debe animar y sostener en el sufrimiento, que debemos mirar, no solo como ligero, sino tambien como dulce y glorioso, es el ejemplo de Jesucristo. El es nuestro Maestro, nosotros somos sus discípulos; él es nuestro Señor, nosotros somos sus siervos: ¿si á él que es el padre de familia llamaron Belebub y fué tratado de endemoniado, qué nombres queremos nosotros que nos den? ¿de qué injuria nos podemos ofender?

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ay de mí! Señor, vos habláis á vuestros discípulos solamente de las blasfemias que los judios se han atrevido á proferir contra vos; ¿de qué valor y de qué esfuerzo se sentirán animados cuando habrán visto saciarse sobre vuestra santísima carne el furor y la rabia de los verdugos, cuando os habrán visto cubierto de vuestra san-

gre, harto de oprobios y por fin espirando en una cruz? ¿Quién podrá con esta memoria no desear sufrir y no gloriarse de asemejarse á vos? ¡Ah, qué importa que el discípulo sea como el Maestro! ¿Y qué es lo que sufro yo por vos en comparacion de lo que vos habéis sufrido por mí? ¡Ay de mí! ¿Si la piedad, si la devocion, si la practica del bien obrar, si vuestra santa religion me atraen alguna palabra de burla ó de desprecio ó alguna mortificacion ligera, en vez de alegrarme y de radicarme siempre mas en el bien, no me dejo luego por ventura desconcertar, alterar y casi reducir á términos de ser perjuro? ¿Soy por ventura cristiano? ¿soy discípulo vuestro, ¡oh Jesús mio? ¡Ah, divino Salvador! llenadme de vuestra misma fuerza y de vuestra adorable sabiduría; animadme con vuestro espíritu y haced que esté siempre lleno de él. Amen.

MEDITACION LXXXVII.

CONTINUACION DE LA INSTRUCCION DE JESUCRISTO A SUS APOSTOLES.

San Mat., c. X, v. 28, 36.

DE TRES OBLIGACIONES PARA CON DIOS.

Estas tres obligaciones son: primero, el temor de Dios; segundo, la confianza en Dios; tercero, la profesion de la fe en Jesucristo.

PUNTO I.

DEL TEMOR DE DIOS.

Lo primero. *Este temor es justo.* "Y no temáis aquellos que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; sino temed antes al que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno...."

El temor es una especie de homenaje que se ofrece á la persona que se teme. El temor de Dios, que es el principio y el fundamento de la sabiduría y de la perfeccion, es un homenaje que pagamos á su divina sabiduría, porque que conoce todas nuestras acciones, á su santidad que aborrece el pecado, á su justicia que lo condena y á su potencia que lo castiga. No temamos el temor de Dios cuando le ofendemos, cuando libremente hacemos lo que sabemos que le puede desagradar y dejamos de hacer lo que sabemos que le debe agradar, cuando delante de él nos presentamos sin respeto y le suplicamos sin atencion. ¿Puedo yo decir que tengo el temor de Dios cuando con tanto atrevimiento lo ofendo de tantas maneras y en tantas ocasiones?

Lo segundo. *Este temor es superior á todo te-*

mor humano. No hay hombre mas intrépido que el que teme solo á Dios.... ¿Qué tiene él que temer de los hombres?... El poder de estos se puede extender solamente sobre los cuerpos y puede obrar solo por un momento, el cual solo cae bajo de sus golpes; el alma vuela y se escapa de su furor. ¡Pero Dios! ¡Ah! El es el Señor del cuerpo y del alma y tiene una autoridad para vengarse. ¡Ay de mí! ¡cuántas veces he temido mas los hombres que á Dios! No he estado amenazado de tormentos ni de la muerte, y con todo eso, he temido ser visto, ser conocido; he temido una palabra de burla, de afrenta y de desprecio; he temido discursos tenidos en mi ausencia y aun otros muchos que no he sabido; no tengo aun el principio de la sabiduría, no tengo aun el temor de Dios.

PUNTO II.

DE LA CONFIANZA EN DIOS.

Esta confianza en el Señor está fundada sobre su infinita providencia y sobre su infinita bondad....

Lo primero. *Sobre su providencia infinita.* "Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto, y uno de ellos no caerá en tierra sin vuestro Padre?..."

Esta es una verdad sobre que nosotros no reflexionamos bastante, que bien meditada, sería para nosotros un manantial de paz y de tranquilidad. No, en toda la naturaleza, en lo físico y en lo moral, nada puede suceder sin que lo sepa, sin que lo ordene ó lo permita el Criador. Tanto los mas pequeños accidentes como los mas grandes, están sujetos á su providencia. Así como no sería Dios si alguno de estos acontecimientos se pudiese escapar de su conocimiento, tampoco lo sería si alguno de ellos pudiese suceder sin el orden de su voluntad. ¿Una verdad como esta sostenida por la autoridad de Jesucristo, no debería hacernos gozar un profundo reposo en el Señor, á pesar de los vanos esfuerzos del mundo por quitarnoslo? Cuanto mas simple es la comparación de que se vale el Salvador, tanto es mas culpable nuestra desconfianza, y debe ser tanto mayor nuestra confusión.

Lo segundo. *Confianza en Dios fundada sobre su infinita bondad.* "Pero los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temais, pues, porque mejores sois vosotros que muchos pajaros...."

Dios regula la suerte de un pajarillo; y el hombre, que Dios ha eriado á su imagen y semejanza, que ha destinado á ser participante de su felicidad, de su gloria, de la eternidad; el hombre de quien no solo él es criador, sino también padre, y que Jesucristo rescató con su sangre; el

hombre ¿no será por ventura el objeto de su ternura y de las atenciones de su paterna providencia? No temamos, pues; todos los cabellos de nuestra cabeza están contados, y no caerá uno solo sin la permission de nuestro Padre celestial. No temamos la malicia de los hombres, los accidentes imprevistos, la pérdida de los bienes, el dolor de las enfermedades, ni aun la misma muerte. Reposemos con tranquilidad en el seno de la providencia de un Dios que es nuestro padre; recibamos de su mano todo lo que permita que nos suceda, y estemos seguros de que proporcionará sus socorros á nuestras necesidades y su recompensa á nuestra fidelidad.

PUNTO III.

DE LA PROFESION DE LA FE.

Jesucristo nos enseña: primero, cuál será el efecto de esta profesion en el otro mundo, segundo, cuál será también en este.

Lo primero. *¿Cuál será su efecto en el otro mundo?* "Por tanto, cualquiera que me confesare delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos, y el que me negará delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos...."

Confesar á Jesucristo es declararse abiertamente por él y hacer profesion manifiesta de ser del número de sus discípulos, de creer las verdades que nos ha revelado y de ser sumisos y obedientes á su Iglesia; es practicar fielmente sus preceptos, seguir sus máximas y cumplir todas las obligaciones de la religion sin respeto humano; es sostener y defender la causa de Jesucristo contra los que la asaltan, defender su fe, su doctrina y sus siervos, y oponerse, según las propias fuerzas, á las calumnias que se esparcen contra su religion y á las persecuciones que se lo quisiesen suscitar.... Faltar á estas obligaciones es negar á Jesucristo y avergonzarse de él. Examinémos sobre todos estos puntos y consideremos las consecuencias. Aquellos que delante de los hombres se habrán declarado por Jesucristo, tendrán la aprobacion de Jesucristo; él se declarará á su favor en el cielo y lo reconocerá por sus discípulos, por sus amigos y por sus hermanos y por sus compañeros en la heredad.... Al contrario, Jesucristo no conocerá á aquellos que no habrán tenido valor para declararse en su favor, los negará y los descharará, como que no son suyos y como que no tienen derecho á su herencia, porque no han querido participar de sus afrentas.... ¿Qué felicidad para los unos! ¿qué anatema para los otros!.... ¿Y delante de quién hará Jesucristo este juicio? Delante de su padre que está en los cielos. ¡Ay de mí! ¿dónde esta-

PETICION Y COLOQUIO.

rán entonces los hombres? ¿dónde estará entonces su poder? ¿dónde estarán sus amenazas y sus promesas? ¿y después que Jesucristo se habrá declarado así por los unos y habra negado á los otros, ¿quién se seguirá? Los primeros teniendo á Jesucristo por mediador, serán admitidos por el Padre celestial en el reino de los cielos para reinar para siempre; los segundos negados, desechados y reprobados por el Hijo, sin apoyo y sin defensa, caeran en el abismo para arder eternamente con los demonios.

Lo segundo. *¿Cuál será el efecto de nuestra profesion de fe también en este mundo?* Será una guerra continuada y eterna entre la carne y el espíritu, entre los esclavos del mundo y los adoradores de Jesucristo; guerra de que debemos estar advertidos para estar siempre prontos, para tenernos en ejercicio, para combatir y para no quedar sorprendidos, si esta guerra fuese cruel, larga y obstinada. "No penseis, dice Jesucristo, que he venido á poner paz sobre la tierra; no he venido á poner paz, sino espada; porque he venido á separar al hombre contra su padre, y á la hija contra su madre, y á la nuera contra su suegra. Y enemigos del hombre los propios domésticos...."

Jesucristo es el Dios de la paz; él la ha traído á los hombres; esta en mano de los hombres el gozarla. Paz celestial, por la cual si quieren aceptarla, están reconciliados con Dios que les perdona sus pecados, consigo mismos, gozando el reposo de una buena conciencia, y con los otros hombres á quienes desea todo bien. Pero como muchos entre los hombres no querrán esta paz, antes si perturbarla y quitarla á los discípulos de Jesucristo, contra estos y á estos ha venido Jesucristo á traer la guerra; guerra espiritual, para la que desde la infancia es necesario estar armados, y para la que se debe emplear valerosamente toda la vida y solo desistir en la muerte; guerra que debe separar y romper los vinculos de la naturaleza y cortar todos los nudos que nos detuviesen en el pecado ó en el error y que se opusiesen á la voluntad de Dios y á nuestra salvacion. El mundo no conoce esta guerra; todo le parece bueno con tal que no le inquieten en el goce de los bienes terrenos. La herejía no conoce esta guerra; todas las sectas se han unido desde que á este precio pueden gozar la paz de la tierra, y si la herejía por sostenerse hace la guerra, sus armas son materiales y mortales, desterradas por Jesucristo, y no las espirituales que él ha traído sobre la tierra. Finalmente, el hombre perezoso no conoce esta guerra, no hace uso de las armas, se deja ganar por los halagos, arrastrar por la concupiscencia y corromper de su misma flojedad, y no comprende que sus mas peligrosos enemigos, de los que él mas debe desconfiar y separarse cuando son de evidente obstáculo á su propia salvacion y perfeccion, son aquellos con quienes tiene mas estrechos vinculos y con quienes habita.

Hacedme, ¡oh Dios mío! aborrecer todos los vinculos que me pudieran separar de vos, y amar aquellos que vienen de vuestra mano. El temor que tendré será de temer demasiado á los hombres que son tan débiles y de no temeros á vos, ¡oh Señor! á vos, que solo podeis perderme ó salvarme y que ciertamente me salvaréis si me uno solo á vos. ¡Oh hombres débiles y mortales como yo! ¿qué tengo que esperar ó qué temer de vosotros? Desprecio igualmente vuestros bienes y vuestros males, vuestro favor y vuestra cólera, y me declaro públicamente por Jesucristo mi Salvador y mi maestro. ¡Ah! Señor, haced que yo no esté penetrado de otra cosa que de vuestro saludable temor; que no conozca ni tema otro mal que el de ofenderos, ni otra desgracia que la de perderos. Estoy resuelto á ser aquí en la tierra vuestro discípulo, para que después un día me presentéis a vuestro Padre como compañero vuestro en la herencia de la gloria. Amen.

MEDITACION LXXXVIII.

FIN DE LA INSTRUCCION DE JESUCRISTO A SUS APOSTOLES.

DEL AMOR DE JESUCRISTO.

San Mat., c. X, v. 37, 42.

Nuestro Señor en este lugar da cuatro calidades al amor que desea de nosotros: primera, amor dominante; segunda, amor crucificante; tercera, amor vivificante; cuarta, amor celante.

PUNTO I.

AMOR DOMINANTE.

Amor que quiere la preferencia y á que se debe sacrificar cualquiera otro amor.... "El que ama á padre ó á madre mas que á mí, no es digno de mí, y el que ama á hijo ó á hija mas que á mí, no es digno de mí."

Lo mismo se debe decir de cualquier otro amor.... Examinemos aquí nuestro corazón y confrontemos con esta regla nuestros afectos. Amamos á una persona mas que á Jesucristo si no estamos dispuestos á separarnos de ella por amor de Jesucristo; si el amor de esta persona debilita, disminuye, contradice ó contrapesa al amor de Jesucristo, si nos distrae y nos aleja del amor de Jesucristo, y nos lo hace desgracia, este no es digno de mí, dice el Salvador. No, Jesucristo quiere un amor noble y generoso,

que nos eleva sobre todo lo criado; él se lo merece porque es infinitamente grande y sobre todas las demás cosas; porque aunque es infinitamente grande, nos ama mas que cualquier otro pueda amarnos; porque nos ha hecho mas bien que cualquier otro pueda hacernos; porque puede y quiere hacernos felices, y él solo nos puede dar una felicidad sólida, infinita y eterna. *Aquel no es digno de mí*, dice Jesucristo, esto es, no es digno de tenerme por mediador y por Salvador, sino por juez y por vengador.

PUNTO II.

AMOR CRUCIFICANTE.

Amor que nos presenta solo cruces y por el que conviene sufrirlo todo.... "Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí...."

Tomar la propia cruz es aceptar de buena voluntad todas las penas de esta vida, de cualquiera parte que vengan: sea de nuestra condición y de nuestro estado, sea del curso ordinario de la naturaleza, como las enfermedades y las estaciones; sea de los accidentes imprevistos dirigidos por la Providencia, ó de parte de los hombres por su malicia ó por sus imperfecciones; y sufrir todo esto sin lamentarse sin quejas, sin impaciencias, y añadir á todo esto cruces voluntarias, privaciones de ciertas cosas, penitencias y mortificaciones. Ahora pues, ¿quién puede hacer todo esto sin el amor?

Seguir á Jesucristo es sufrir por él y como él.... con las mismas virtudes y por el mismo fin que él tuvo, y uniendo nuestras cruces con la suya, de la que todas las nuestras traen su precio. Quien no lo hace, *no es digno de mí*, dice el Salvador. No, Jesucristo quiere almas nobles y corazones generosos, y esta es la prueba á que los pone. Es propio de un corazón vil no querer sufrir cosa alguna aun á la vista de su rey, y viendo que el mismo rey sale al encuentro á todos los peligros, agnanta todos los trabajos, se expone á todo y lo sufre todo. ¡Ah! el no tener valor para seguirlo; el no querer participar de sus peligros y de sus fatigas, ¿cómo se ha de llamar una tal vileza? *Este no es digno de mí*, dice Jesucristo, no es digno de tenerme por cabeza y por rey ni de ser admitido en el número de mis soldados, ni de tener parte en mis victorias, ni de triunfar conmigo en el cielo, donde solamente admitiré las almas nobles y generosas; este no merece otra cosa que el oprobio, justa porción de las almas viles, y el castigo de que son dignos los desertores y los traidores.

PUNTO III.

AMOR VIVIFICANTE.

Amor que pide nuestra vida para conservárnosla.... "El que balle su vida, la perderá; y el que perdiere su vida por mí, la encontrará...."

Conservar la propia vida en el sentido de Jesucristo, es buscar la seguridad de la propia persona, aunque sea con menoscabo de la propia fe y de la propia inocencia; es seguir las pasiones con desprecio de la ley de Dios; es procurarse los deleites y las diversiones con perjuicio de las propias obligaciones; es preferir la propia voluntad á la de Dios y la propia libertad á la vocación divina; es buscar en todas las cosas la propia estimación; referirlo todo á sí mismo, á su amor propio, á su vanidad, á su comodidad, y reposar de este modo en sí mismo como en su suma felicidad.... ¡Oh, y cuán ciego y miserable es el que abraza un partido tan funesto! Esta vida que él ama con tanta pasión y á que está tan apegado, la perderá para toda la eternidad, donde estará en una muerte continua, en una privación absoluta de todo bien y en los suplicios horribles.—Pensemos bien esta verdad; ¡ojala que de esta manera llegase ella á hacernos amargos y desagradables nuestros placeres y á conducirnos de nuevo á la verdadera sabiduría.

Perder la propia vida al presente, es morir antes que perder la fe ó la inocencia; es morir á las propias pasiones, á las inclinaciones viciosas, para atender á la santa observancia de la ley de Dios; es morir á los placeres de los sentidos, á los frivolos divertimientos del mundo por reducirse á la práctica de las propias obligaciones; es sepultar la propia vida en el retiro, en la oración y en la penitencia; es referirlo todo á Dios, trabajar únicamente por él y por su gloria; es olvidarse enteramente de sí mismo. ¡Oh! ¡y cuán feliz y cuán sabio es el que abraza un partido tan ventajoso! Esta vida que parece que desprecia y de que no hace caso alguno, esta vida de que absolutamente no goza, sino que consume y extingúe con las fatigas; esta vida, en una palabra, que pierde y sacrifica, la encontrará en la eternidad, donde gozará de Dios con una vida perfecta y en las delicias inefabables.—¡Ah! pensemos sin cesar esta verdad; ella nos anime, nos sostenga y nos fortifique. ¡Ay de mí! Cuando él buscarnos á nosotros mismos no fuese mas por su naturaleza que un pecado venial, no sería siempre una ofensa hecha al amor, y por consiguiente una pérdida hecha por nuestra alma en la eternidad?... ¡Oh Señor! ¡cuántas pérdidas hago yo todos los días!

PUNTO IV.

AMOR CELANTE.

Amor que Jesucristo exige aun de aquellos que no estan destinados al santo ministerio. "El que os recibe á vosotros me recibe á mí; y el que me recibe, recibe á aquel que me envía. El que recibe á un profeta en nombre de un profeta, recibirá la merced de profeta; y el que recibirá á un justo en nombre de justo, tendrá la merced del justo; y todo el que quiere de beber un vaso de agua fresca á uno de aquellos pequeñitos solamente en nombre de discípulo, en verdad os digo, no perderá su recompensa...."

El cielo no es de tal suerte propio de los apóstoles y de los varones apostólicos, que no puedan tambien participar de él otros, como tambien de sus recompensas. El que recibe en su casa un apóstol, recibe á Jesucristo. ¿Con qué júbilo, con qué atención, con qué caridad debe recibirse? El que recibe un ministro del Evangelio, no por cualquier motivo humano, sino como ministro de Jesucristo, como sacerdote, predicador, misionero, tendrá él mismo la recompensa de un ministro del Evangelio. El que recibe un justo, no en calidad de pariente, de ciudadano ó de amigo, sino porque es justo y amigo de Dios, tendrá él mismo la recompensa debida á un justo. ¿Promesas tan ventajosas no deben por ventura animar á los ricos á emplear sus riquezas en obras de celo, en el alivio y en la manutención de aquellos que trabajan por la salvación de las almas? Este celo es el que ha dado á la Iglesia aquellas rentas con que mantiene tantos ministros útiles, el que ha fundado tantos santos institutos para la instrucción de los pueblos y para el alivio de tantos miserables, el que ha dado fondos para misiones, para retiros, para escuelas, para hospitales.... ¡Felices aquellos que aun hoy día estan animados de este mismo celo! Es verdad que no todos estan en estado de dar pruebas con ser liberales; pero el amor da pruebas del suyo por medio de las cosas mas pequeñas, y hace que tengan su precio los mas mínimos servicios que hace. Dios ve el corazón y el amor con que es amado: un vaso de agua dado á un discípulo de Jesucristo, tendrá su recompensa: ¿quién jamás lo hubiera creído? Pero este divino Salvador nos lo asegura por sí mismo con juramento. ¡Oh! ¡y cuán dulce cosa es servir á un Señor tan liberal y tan benéfico! No sucede así cuando se sirve al mundo; ¡cuántos servicios no conocidos! Y entre los conocidos ¡cuántos pocos son los premiados! Antes bien, ¡qué recompensas se dan!

PETICION Y COLOQUIO.

A vos solo pertenece, ¡oh Salvador mio! que sois un buen Señor, pagar con un tal precio los

mas pequeños servicios. Cuantos medios me sugeris vos para participar en alguna manera del honor del apostolado y para tener su mérito delante de vos, los emplearé, recibiendo vuestros ministros como vuestros discípulos, cooperando á sus miras y favoreciendo sus designios y sus trabajos, mil veces felicísimo por poder con esto dar pruebas de mi amor; pero esto es demasiadamente poco para mi corazón; en este momento mismo tomo la firme resolución de llevar mi cruz, de cargármela por elección, ó por lo menos de aceptarla de buena voluntad, de seguirla, ¡oh Salvador mio! esto es, de unir mis penas á las vuestras, y de gloriarne de caminar constantemente sobre vuestras mismas pisadas: tales son mis resoluciones; sostenedlas, ¡oh Jesús mio! con vuestra gracia. ¡Oh corazón mio! sería ciertamente indigno, vil y despreciable si rehusaras copiar en tí estos caracteres del amor que de tí pide tu Criador. ¿Qué cosa amarás si no amarás á Jesús? Amen.

MEDITACION LXXXIX.

MISION DE LOS DOCE APOSTOLES.

S. Mat., c. XI, v. 1.—S. Marc., c. VI, v. 12. 13.
—S. Lúca, c. IX, v. 6.

Primero, cuál fué el lugar de su misión; segundo, cuáles fueron sus discursos; tercero, cuáles fueron sus obras.

PUNTO I.

DEL LUGAR DE SU MISION.

Lo primero. *No fué su patria.* "Y accedió que cuando acabó Jesús de dar esta enseñanza á sus doce apóstoles, partió de allí á enseñar y predicar en sus ciudades...."

Jesús con haber tomado por compañeros los doce apóstoles, no había pretendido eximirse del trabajo y procurarse el descanso, sino apresurarse á la obra de Dios. Después de haber acabado el discurso y sus instrucciones sobre las obligaciones y empeños, sobre las fatigas y sobre los peligros, sobre el fruto y sobre el éxito, sobre los privilegios y sobre la corona del apostolado, ordenó á sus apóstoles que partiesen á practicarlas en las ciudades de la Galilea que les había señalado; y también él á predicar en las ciudades del país. El mayor fruto no se cogió en la patria; los intereses, los celos, las enemistades que se encuentran en las familias, los respetos que se tienen á los parientes y las comodidades que nos procuran, los discursos de un pueblo que

nos ha conocido desde la infancia, son muchas veces ó stáculos grandes á los frutos del santo ministerio.

Lo segundo. *Tampoco fueron las grandes ciudades el lugar de su visión.* "Y habiendo salido, iban girando de lugar en lugar, evangelizando y sanando por todas partes..."

Los lugares y las aldeas fueron su primer teatro; en estas poblaciones se distribuyeron los apóstoles, después de haber dejado á Jesucristo y haberse dividido en seis partes, para anunciar el Evangelio y ejercitar la potestad de los milagros que Jesucristo les había comunicado. El pueblo de la campaña es el objeto mas favorecido del verdadero celo, porque por una parte esta mas desprovisto de instrucciones, y de otra es mas dócil al Evangelio.... De aquí están destruidas las mas fuertes pasiones, y los delitos son aquí mas raros; son inocentes las ocupaciones, y muchas veces no necesitan mas que de motivos para hacerse virtudes. ¡Oh, y cuánto bien se puede hacer en las campañas por quien tiene un verdadero celo!

PUNTO II.

DE SUS DISCURSOS.

Los apóstoles, á ejemplo de Jesucristo y de Juan Bautista, exhortaban los pueblos á la penitencia, anunciaban la venida del reino de Dios y los terribles castigos de la divina cólera que vendría sobre los judíos incrédulos.... "Y ellos fueron, y predicaban (á los hombres) que hicieran penitencia...." Esto es lo que aun nos predica el Evangelio. Pretender salvarse sin penitencia, es contradecir á Jesucristo, á su precursor, á sus apóstoles y á su Iglesia. Examinemos, pues, con la mayor atención:

Lo primero. *Cómo la hacemos nosotros.* Esto es, cómo recibimos las penas y las aflicciones de esta vida, que son una penitencia de necesidad; cómo practicamos las abstinencias y los ayunos de la Iglesia, que son una penitencia de precepto; cómo mortificamos nuestros sentidos, nuestros gustos y nuestra carne; qué uso hacemos de la austeridad, de la oración, de las vigillas, que son la penitencia voluntaria y exterior; cómo detestamos nuestros pecados; cómo los lloramos; si huimos de las ocasiones, si pedimos perdón, si reprimimos los malos hábitos, que es en lo que consiste la penitencia interior; cómo nos acusamos al ministro de Jesucristo, con qué frecuencia, con qué sinceridad, con qué dolor, con qué deseo de corregirnos nos presentamos á pedirle la absolución de nuestros pecados, que es en lo que consiste la penitencia como sacramento.

Lo segundo. *Cómo la predicamos nosotros á los demás.* Esto es, cómo la hacemos practicar

en nuestra familia, cómo enseñamos su necesidad á los que dependen de nosotros, cómo nos aprovechamos de las ocasiones de inspirarla, de exhortar y de animar á ella á aquellos con quienes tratamos; una palabra de un amigo, de un superior, de un hombre de autoridad dicha á tiempo y á propósito, sea á las veces mucho mas eficaz para la salvación y conversión de un alma, que los mas elocuentes discursos. ¡Ay de mí! ¡cuántas ocasiones perdemos de ejercitar un apostolado, el cual por no ser tan brillante no sería menos glorioso para Dios ni menos útil para el prójimo y para nosotros mismos!

PUNTO III.

DE SUS OBRAS.

"Y echaban muchos demonios, y ungían con óleo á muchos enfermos, y sanaban...."

No por sí mismos ciertamente y sin motivos predicaban los apóstoles la penitencia y hacían estas unções sobre los enfermos. Nuestro Señor señalándoles lo uno y lo otro, tenía puestas las miras en lo futuro.... Luego que llegó el tiempo determinado, puso en ejecución sus designios, elevando á la dignidad de sacramento la penitencia que habían predicado los apóstoles, y la unção de que se habían servido; nosotros llamamos esto último el sacramento de la Extrema-Unção. Dos consideraciones se ofrecen aquí á nuestra mente.

Primera. *Para el tiempo de la enfermedad.* Observemos que esta santa unção, que en las manos de los apóstoles tenía la virtud milagrosa de sanar los enfermos, no la ha perdido ciertamente cuando ha sido elevada á un sacramento; es, al contrario, la primera que le atribuye el apóstol Santiago; ella alivia al enfermo, le sana también si es voluntad de Dios, le da las gracias necesarias para sufrir y padecer con resignación, y además si halla en él alguna reliquia del pecado, se la borra y acaba de purificar su alma. ¿Cómo, pues, podremos nosotros hacer materia de temor y de espanto un sacramento tan saludable? Pidamos á Dios la gracia de recibirlo dignamente en nuestra última enfermedad; temamos ser privados de él por nuestra culpa; seamos los primeros á pedirlo, y pongamos en él toda nuestra esperanza, como en un sacramento establecido por Jesucristo para nuestra santificación.... Con este mismo espíritu de fe tengamos cuidado de procurar á los enfermos que visitemos, á nuestros parientes, á nuestros amigos y á aquellos que viven en nuestra casa; disponz mol á recibirlo bien, asegúrelos contra los terrores

1 Epist. Cath., c. V, v. 14.

de la naturaleza y animemos su confianza en las promesas de Jesucristo.

Segunda. *Para el tiempo de la sanidad.* Consideremos que la manera de disponernos á recibir bien este sacramento, es pensar en tiempo de la sanidad á lo que seguirá en la enfermedad cuando se nos administrará. ¿En qué estado estará entonces nuestro cuerpo? ¿Qué impresión le harán todos los objetos que lo habían lisonjeado, que lo habían tentado y que lo habían sollicitado? ¿Qué uso querríamos entonces haber hecho de nuestros sentidos, que Dios nos había dado solo para ayudarnos á servirlo? Hagamos, pues, ahora un santo uso; comencemos con pedir á Dios perdón de todos los pecados que por medio de ellos hemos cometido; después apartemos de ellos todo lo que los pueda corromper: pongámonos el freno de la ley de Dios, tengámostlo, finalmente, esclavos en las cadenas de sus divinos preceptos si queremos gozar la paz durante la vida y la mas sólida consolación á la hora de la muerte.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! no permitais, ¡oh Señor! que yo cierre los oídos á tantas voces que me predicán la necesidad de hacer penitencia; y ya que una vida cristiana es una continuada penitencia, haced que mi vida sea penitente para que sea santa y me lleve á una bienaventurada eternidad. Amen.

MEDITACION XC.

RESUCITA JESUCRISTO EL HIJO DE UNA VIUDA DE NAIM.

S. Luc., c. VII, v. 11, 17.

Meditemos: primero, el encuentro de Jesucristo; segundo, lo que hace Jesucristo para resucitar el muerto; tercero, lo que hace el muerto resucitado; cuarto, la admiración del pueblo.

PUNTO I.

EL ENCUENTRO DE JESUCRISTO.

"Y sucedió después que iba á una ciudad llamada Naim, e iban con él sus discípulos, y una gran turba del pueblo; y cuando ya estaba vicino á la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban fuera á un difunto, hijo único de su madre, y esta era viuda, y gran número de personas de la ciudad la acompañaban...."

Lo primero. *Encuentro admirable.* Encuentro de la vida y de la muerte, del consuelo y de

la desolación: de una parte Jesús acompañado de sus discípulos y seguido de una turba innumerable del pueblo, se acercaba á una de las puertas de la ciudad de Naim; de la otra una comitiva fúnebre salía con pompa por esta misma puerta para ir á dar sepultura fuera de los muros de la ciudad, segun el uso del país, á un muerto que había sido de gran consideración como se echaba de ver por el numeroso cortejo que lo acompañaba.... Este encuentro no era ciertamente un efecto del acaso, y si de la providencia admirable de Dios, que quería hacer resplandecer la gloria de su Hijo y que fuese conocido este amable y poderoso Salvador que nos ha dado.

Lo segundo. *Encuentro instructivo.* Era un joven el que llevaban al sepulcro, un hijo único muerto en la flor de su edad, criado en el mundo entre los placeres, entre los honores, entre los bienes de fortuna, en las esperanzas del siglo, acompañado de un gran número de parientes, de amigos, de ciudadanos, todos en duelo, en aflicción, en lágrimas. Este es el mundo en su verdadero punto de vista y tal cual es necesario conocerlo para juzgar de él sanamente. ¡Oh mundo engañador! En vano ensalzas placeres, en vano haces pompa de tulajo y de tus riquezas, en vano haces resonar por todas partes el estrépito de tus necias alegrías y de tus magníficas fiestas; á pasar de tu necia vanidad te hallas obligado á mudar semblante y á presentarnos escenas lúgubres que descubren lo caduco de tus glorias, tu miseria y tu nada.... ¡Ah! jóvenes, no os dejéis engañar; las mas veces que se muda escena se hace por vosotros: por mas promesas que os haga el mundo, no os puede asegurar la vida, y si se os quita esta, todo lo demás que puede hacer por vosotros os llevaros en pompa al lugar de vuestra sepultura, donde con vosotros quedarán sepultados vuestro nombre, vuestra memoria, vuestros proyectos y vuestras esperanzas. ¡Ah! unidos al vencedor de la muerte, seguid á Jesucristo, que solo puede libraros de la tumba; esto es, hacedos pasar de una vida pacífica y llena de una verdadera y sólida consolación, á una vida bienaventurada y eterna.

Lo tercero. *Encuentro tierno.* "Y habiéndola visto el Señor, movido de misericordia por ella...." La madre de este joven seguía el cuerpo de su hijo; su desolación era extrema, era gritos y sus lágrimas entenebrecían todos los corazones. Había ya perdido su marido, y perdido de este hijo único, perdía todo lo que tenía mas apreciable y mas amado en el mundo; perdía su consuelo, su apoyo, su gloria y toda su felicidad. Jesús la ve en este estado de aflicción y se movió á compasión.... ¡Este divino Salvador, que no ve infelices sin moverse á compasión de su triste suerte, podía no moverse en la crítica situación de esta madre desolada? ¡No es él el Dios de las viudas, la consolación de los afligidos?

Recurramos, pues, á él en nuestras aflicciones... ¡Ah! Si ha consolado á esta madre afligida que no lo conocía, que no esperaba de él algún alivio y que no se lo pedía, ¿se estará insensible á nuestras lágrimas cuando imploremos su socorro se lo pidamos con instancia?

Lo cuarto. *Encuentro afortunado.* Se adelantó Jesucristo hacia esta afligida madre, y acercándose á ella le dijo: *No llores.* ¿Quién es, pues, este que puede usar un tal lenguaje? ¿Quién es el que en una situación tan dolorosa puede decir: *no llores!* ¡Ah! Vos solo, ¡oh Jesús mío, podéis hablar así, porque vos solo podéis enjugar el manantial de nuestras lágrimas ó hacerlas correr con dulzura. Afortunado el momento en que Jesús dice á un alma, *no llores:* ó le dice: *llores únicamente por mí, y tus lágrimas serán tu consuelo.* ¡Ah! si recurriésemos á Jesucristo en nuestras penas, él nos haría sentir en el fondo de nuestro corazón aquella palabra de consuelo, *no llores,* cosa ó no llorar, yo puedo reparar todas tus pérdidas y las puedo convertir en tu bien: *llores* solo tus pecados, y las lágrimas que quieres derramar sean lágrimas de penitencia, lágrimas de amor mío.

PUNTO II.

LO QUE HACE JESÚS PARA RESUCITAR EL MUERTO.

“Y se acercó y tocó la tumba. Y los que lo llevaban se pararon, y dijo: Mocito, á tí te digo, levántate...”

Lo primero. *Jesús se acercó.* Así lo hace para la conversión de un pecador muerto á la gracia, arrastrado de sus pasiones y próximo á ser precipitado al infierno.... A él se acerca con recordamientos que excita en su corazón, con las gracias interiores que le solicitan á volver á la vida, con las luces que le vienen ó de un sermón que oyó, ó de un libro devoto que le tal vez en el momento que menos esperaba: ¡afortunados momentos para quien sabe aprovecharse de ellos! ¿Cuántas veces Jesucristo se ha acercado á nosotros de este modo? Demóstranos pruebas de nuestro reconocimiento.

Lo segundo. *Jesús tocó la tumba:* y los que lo llevaban se pararon. La expectación del pueblo sin duda fué grande, y podemos creer que fué agitado vivamente el corazón de la madre.... Tal es la expectación de los santos de la tierra y del cielo, tal es la agitación del corazón de la Iglesia, de esta tierna madre, cuando Dios por un exceso de su misericordia toca la tumba de un pecador que parecía desesperado; esto es, cuando Dios extiende su mano sobre aquello que era la ocasión y la materia de su pecado, cuando el curso de la dispersión y del desenrenamiento, ó con la publi-

cación de una misión, de un jubileo, de unos santos ejercicios ó de la solemnidad de una Pasqua; cuando toca aquella carne rebelde con algún accidente ó con alguna enfermedad, cuando hace desaparecer el esplendor de aquella belleza que deslumbraba, cuando permite que aquella reputación que tenía escondidas ciertas prácticas vergonzosas, sea oscurecida con algunos rumores ó destruida del todo con alguna pública infamia, que revela la maldad escondida, ó cuando echa por tierra aquellos proyectos de fortuna, ó con improvisos accidentes, ó con injusticias ó con traiciones. ¡Oh mano poderosa! ¡oh golpes saludables que hacen parar el ímpetu de las pasiones, dan al pecador tiempo de entrar en sí mismo y le suministran los mas poderosos motivos de volver á Dios!

Lo tercero. *Mando.* “Jovenito, á tí te digo, levántate....” Pecadores muertos á la gracia, ¡ah! no cerréis los oídos de vuestro corazón á las voces de vuestro Salvador; levántaos, salid de ese estado de muerte, volved á la vida.... Jóvenes, á vosotros en particular se endereza este precepto; aprended el medio de huir de la muerte.... Justamente en la fresca edad de la juventud es mas conveniente, y es cosa mas feliz darse á Dios, consagrarse á su servicio y abrazar el partido de la piedad.... ¡Oh, cuántas buenas obras se pueden hacer! ¡cuántos méritos se pueden adquirir! ¡cuántas culpas se pueden evitar! ¡Ah! no esperéis una edad mas avanzada; acaso no la vereis, ó acaso entonces la voz de Dios apenas se hará sentir sino débilmente, y acaso entonces no la queréis vosotros oír. Lo cierto es que entonces encontraréis dificultades para vuestra conversión infinitamente mas grandes que en vuestra juventud, y acaso serán tales, que no tendréis valor para vencerlas, y aun cuando llegáscis á vencerlas, ¿qué dolor no tendréis entonces de haber pasado en los desórdenes el tiempo de vuestros mejores años? ¡Oh! rogad á Jesucristo que se acerque á vosotros, que os toque y que os mande.

PUNTO III.

LO QUE HACE EL MUERTO RESUCITADO.

“Y se sentó el que había estado muerto, y empezó á hablar, y lo dió á su madre....”

Lo primero. *Se alzó y se sentó.* Apenas el muerto oyó la voz que lo llamaba, se levantó y se sentó.... ¡Cuán fué su sorpresa cuando se vió en una tumba rodeado del pueblo, y que la llevaban al sepulcro! Tal debe ser el primer paso del pecador después de haber oído la voz que lo llama á vida; debe alzar la cabeza y sacarla del abismo en que está sumergido, y considerar el horrible estado en que se halla. ¡Ah!

podrá ver sin estrearse el peligro de su situación, la vida que tiene, el camino que lleva y el horrendo precipicio á donde lo conduce: ¡Ah! es nada una tumba en comparación del infierno.

Lo segundo. *Empezó á hablar.* ¿Habria querido este jóven volver á acostarse en la tumba y de nuevo dormir el sueño de la muerte, y dejarse llevar al sepulcro? No sin duda, y solo por librarse de esto comenzó á hablar.... ¡Ah! ¿por qué, pues, después de haber comenzado á alzarse y salir de aquel estado de tibieza y de pecado de que entrevenos las funestas consecuencias, por qué sofocar los pensamientos saludables que nos dan prisa para salir? ¿Por qué sumergirse de nuevo en el olvido de Dios, en el tumulto del mundo, y dejarse arrastrar de las malas inclinaciones que nos llevan al infierno? ¿Por qué no nos damos prisa á hablar y á salir prontamente de un estado tan malo?

Habló. ¿Pero qué dijo: esto no lo dicen; pero es vero-símil que les dijese á los ministros del funeral que lo dejasen salir de la tumba y que así anunciase su resurrección. Tal debe ser el lenguaje de un pecador, que penetrado del horror de su estado, suspire el momento de salir. Debe hablar para despedir, y alejar de sí todo aquello que lo ha empeñado en la muerte del pecado, para descubrir á un sacerdote sus resoluciones presentes y sus pasados desórdenes; debe hablar para edificar al público con la modestia, con sus buenos discursos, y manifestar de este modo la verdad de su resurrección.

Lo tercero. *Caminó.* Aquellos que llevaban el cuerpo habiendo oído la voz del resucitado, dejaron luego la tumba en tierra. Entonces el jóven se puso en pié, y Jesús cogiéndolo por la mano, lo condujo y lo entregó á su madre.... ¡Oh madre inconsolable dino! ¿con qué trasporte de afectos recibiste á este tu amado hijo, objeto de tus ternuras? ¡Ah! me imagino veros á los dos postrados á los piés de vuestro Salvador con lágrimas movidas de un regocijo tan vivo para darle las pruebas mas seguras de vuestro amor y de vuestro reconocimiento. ¡Oh, dulces momentos aquellos en que un pecador convertido, guiado de los avisos de un sabio director como por la mano de Jesucristo, es restituido vivo á la Iglesia su madre, que ya lo había llorado muerto y admitido á la participación de los divinos misterios! ¿Cuántas veces fué la sagrada mesa bañada de estas preciosas lágrimas que os hizo derramar una tierna devoción?

PUNTO IV.

ADMIRACION DEL PUEBLO.

Esta admiracion se dejó ver en su temor, en sus alabanzas y en sus discursos.

Lo primero. *En su temor.* “Y entró en todos el temor....” A la vista de tantas maravillas entró en todos los corazones un religioso horror, y tuvo los concurrentes en un profundo silencio. Revisámonos de los mismos sentimientos y humillémonos profundamente por respeto delante de la majestad de Dios; adoremos en el silencio los estrepitosos prodigios de la potencia de nuestro Salvador y de nuestro Redentor.

Lo segundo. *En sus alabanzas.* “Y glorificaban á Dios diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros; y Dios ha visitado su pueblo....” La admiracion no pudo estar mucho tiempo muda; se manifestó luego en acciones de gracias y en una general aclamacion; cada uno alababa y bendecía á Dios, que se había dignado de visitar su pueblo de Israel, que en sus dias había enviado el grande profeta, el Mesias prometido á sus padres. Unamos nuestras alabanzas y nuestros agradecimientos á los de este pueblo, detestemos la infidelidad de aquellos judios y de aquellos obstinados incrédulos que aun con unas señales tan manifiestas no quieren reconocer á Jesucristo. ¡Ah! recompensen á lo menos nuestras alabanzas sus desprecios, su indiferencia aumente nuestro amor y nuestro reconocimiento, su infidelidad acreciente nuestro fervor y el mérito de nuestra fe, y finalmente, nuestro fervor los edifique de modo que se conviertan.

Lo tercero. *En sus discursos.* “Y de esto se esparró la fama por toda la Judea y por toda la comarca....” Toda la Judea y todos los países circunvecinos resonaron de la fama de este milagro, y de las otras maravillas que con esta ocasion se contaban. Por todas partes se hablaba y ninguno se cansaba de discurrir.... ¿Y nosotros de qué discurrirnos con los demás y en qué nos entretenemos con nosotros mismos? ¡Ah! Jesucristo seria mucho mas conocido y mas amado si mas frecuentemente lo hicieramos nosotros materia de nuestras conversaciones, de nuestros discursos y de nuestras reflexiones.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Jesús! Yo deseo daros gloria y hacer que os conozcan no solo con mis discursos y con mis sentimientos, sino tambien con mis acciones: conceded á la Iglesia afligida, vuestra esposa y tierna madre mia, la conversión estable y perfecta de mi corazón, que ha sido hasta ahora por tantas veces la victima y la presa de la muerte y del pecado. Haced que verdaderamente resucitado, no viva ya de otra cosa que de la gracia, para merecer la vida de la gloria. Amen.

